

1

Salmah

Sé el cambio que quieras ver en el Mundo.

MAHATMA GANDHI

Hay cantantes cuyo éxito está tan ligado a su talento musical como a su aspecto físico. Sus cuerpos son deseados por unos y envidiados por otros, sus sonrisas hacen enloquecer a millones de personas, y sus miradas tienen el efecto seductor e irresistible de una divinidad griega. Son auténticos iconos de nuestra cultura, perfectos para presentar campañas de publicidad, para protagonizar películas y para llenar páginas y páginas de revistas musicales con las que los jóvenes empapelarán las paredes de sus dormitorios.

Estrella Munt jamás había mostrado en público un solo centímetro de su rostro, lo cual no dejaba de resultar todo un misterio, y al mismo tiempo constituía la base de su encanto. Durante décadas, había logrado llenar tanto grandes recintos como locales pequeños e íntimos, sin que sus seguidores la hubiesen visto una sola vez. Todo lo que podía verse de ella era una sombra tras una lona, pero su voz calaba tan hondo que a sus fans les daba igual. Ellos acudían en masa para escucharla, y se sentían felices de saber que estaba allí, aunque no pudieran verla.

Una vez más, Estrella había conseguido congregarse a miles de personas frente a su silueta, perfilada detrás de una sábana blanca gigante situada entre el escenario y las gradas del estadio. Una simple sombra que, gracias a unos espectaculares efectos de iluminación, a veces llenaba la pantalla, a veces interactuaba con las imágenes proyectadas en una coreografía milimetrada, y a veces, durante las canciones más intimistas, se reducía al tamaño real de la cantante, rodeada tan sólo por un pequeño círculo de luz. Era en estos momentos cuando el público olvidaba por completo cualquier barrera existente, cuando un escalofrío recorría sus cuerpos y, por un instante, casi juraban haber sentido el aliento de la cantante a pocos centímetros de sus oídos, susurrando apenas en un acto de infinita complicidad. Tal era el efecto que provocaba Estrella, y Salmah estaba a punto de experimentarlo por primera vez.

Era su primer día en la gran ciudad. Los recuerdos y sensaciones acumulados durante las últimas semanas se agolpaban en su mente, revueltos como las burbujas de una botella de cava a punto de ser descorchada. A su alrededor, el estadio Azteca se vino abajo con una ovación ensordecedora cuando empezó a sonar la primera canción. A pesar de estar tan lejos del escenario, Salmah reconoció la sombra de su ídolo en cuanto la vio dibujada en la pantalla de detrás de los músicos.

Salmah nunca fue de los que, como tantos otros, se preguntaban si realmente era Estrella la que iba a cada concierto o si todo era un montaje. Le bastaba con oírla cantar para saber que ella sí estaba allí, era una sensación casi mágica; hasta cierto punto, podía *sentir* que la cantante estaba cerca, como si algo las conectara de forma invisible. Salmah se rió para sus adentros: acababa de tener el típico delirio del fan.

La chica cerró los ojos mientras bailaba suavemente al

ritmo de la música. No pasaba desapercibida: guapa, de movimientos un poco felinos y expresión sincera tras dos enormes ojos verdes, todo coronado por una hermosa melena rizada y cobriza. Ignoró las miradas masculinas que la ase-diaban y se concentró en intentar escuchar sólo a Estrella, por encima del público que la coreaba. Estrella y la música, la voz melodiosa y ligeramente ronca de ritmos casi jazzís-ticos.

Por irónico que pareciera, allí, rodeada de tanta gente, la invadió por fin el sentimiento de paz y soledad que lleva-ba persiguiendo durante días. Necesitaba tiempo para sí misma, para pensar con claridad en todo lo que había suce-dido, en las decisiones que había tomado y en lo que sería su vida a partir de ese momento. Salmah no estaba segura de sentir tristeza y, sin embargo, mecida por la voz de Estre-lla y sin importarle lo que pudieran pensar los demás, em-ppezó a llorar en silencio, sin perder la calma. Lo necesi-taba.

El padre de Salmah había sido trompetista de jazz. A su ma-dre no llegó a conocerla, pues murió en el momento de dar a luz. De ella decían que había sido la mejor bailarina de todo México, y en el fondo Salmah siempre pensó que de no haber quedado embarazada aún seguiría viva.

Su padre no tuvo más remedio que abandonar su carre-rra musical para cuidar a la recién nacida con unas manos ágiles para la trompeta, pero torpes para los pañales y los cuidados de una niña pequeña. Pero aquella situación no podía durar mucho para alguien como él. Un corazón que late a ritmo de jazz no te permite pasar demasiado tiempo parado en un mismo sitio, o termina por desafinarse. Cuan-do sintió que su hija ya no lo necesitaba a su lado, empezó a tocar de nuevo, y pronto se marchó de gira alrededor del

país. Salmah quedó al cuidado de José, el director de una pequeña escuela en la ciudad de San Miguel que había sido amigo íntimo de la familia. Su padre la visitaba siempre que podía, pero Salmah nunca se acostumbró del todo a no tenerlo cerca.

Mientras tanto, la pequeña crecía a pasos agigantados. A nadie pareció sorprenderle el hecho de que aprendiera a cantar y a bailar con la misma naturalidad con que caminaba o hablaba. Pero, por algún motivo, sentía cierta reserva a mostrar sus habilidades delante de su padre temerosa quizá de no estar a la altura de él, o ser un mero reflejo del fantasma de su madre. Durante años, se esforzó para que la tomara por una adolescente normal, y cada vez que se encontraban, sólo hablaban de las clases, de la escuela, del día a día. Por su parte, su padre prefería hacer caso omiso a los rumores sobre los talentos de su hija y su única preocupación era que se convirtiese en una mujer fuerte e independiente. Pero por más que se esforzara en disuadirla de seguir el camino que él mismo había escogido, Salmah no podía ignorar la materia de la que estaba hecha.

A falta de una madre, Salmah no tardó en encontrar otro referente. La persona a la que más admiraba y que más le había inspirado en el mundo era Estrella Munt. La pequeña sólo la había visto una vez en persona, con poco más de diez años. La cantante había ido a visitar la escuela de José como parte de una de las muchas campañas humanitarias que llevaba a cabo. Después de verla actuar, Salmah sintió tanto vértigo que ni siquiera se atrevió a acercarse cuando se acercó a saludar en persona, cubierta con su velo habitual. Permaneció más de dos horas escondida en el hueco de una escalera, contentándose con sentirse cerca de ella.

A partir de entonces, su padre se acostumbró a traerle un disco nuevo de Estrella en cada una de sus visitas. Él le

tenía un enorme respeto como cantante, aunque no compartía la devoción tan ciega de su hija.

—Dicen que durante los ensayos no se cubre para cantar con los músicos, y que sólo de ese modo logra alcanzar tanta complicidad con ellos. Algún día seré el trompetista de Estrella Munt, y ¿sabes qué es lo primero que haré? Le tomaré una foto para ti, sin que se dé cuenta.

—¿Y cómo sabré que es Estrella? —preguntaba Salmah, divertida.

—Créeme que la reconocerás. Una voz como ésa no desaparece en una simple fotografía. Seguro que si te la acercas al oído, la oirás cantarte bajito.

Salmah reía siempre ante las ocurrencias de su padre, pero de pequeña, más de una vez pegó la oreja a las portadas de los discos de Estrella, por si acaso.

Durante todos esos años, también José fue mucho más que un tutor para Salmah, casi un segundo padre. Era la persona que mejor la conocía de cuantos la rodeaban, y el que se encargó de que completara sus estudios permitiéndole desarrollar al mismo tiempo su talento para la música. Pero si había algo que la joven nunca dejaría de agradecer era su sinceridad. José la alentaba lo justo, sin infundirle falsos delirios de grandeza. Destacar entre los chicos del barrio no la convertía aún en una gran artista, y gracias a ello la chica adquirió una madurez impropia de su edad. A los dieciséis años, Salmah iba a clase por las mañanas, trabajaba por las tardes y ensayaba hasta altas horas de la madrugada.

Cuando Salmah cumplió los dieciocho, tomó la primera decisión importante de su vida, pero aún era demasiado joven para entender que era un error. Creyó que hacía lo correcto quedándose en la escuela para ayudar a José a cuidar de los niños que, como ella, no habían tenido una fami-

lia. Él no había tratado de condicionarla, aunque no pudo ocultar su alegría cuando ella se lo dijo. También su padre se mostró encantado durante sus visitas, cada vez menos frecuentes. Al menos, mientras ella permaneciese allí, él siempre sabría dónde encontrarla. Pero ya hemos visto lo que sucede cuando es el jazz el que bombea la sangre de una persona.

Habían pasado un par de años de todo aquello. Apenas unas semanas atrás, un policía había ido a buscarla para notificarle el fallecimiento de su padre en un trágico accidente de coche. A Salmah se le vino el mundo abajo. De repente estaba sola; se había acostumbrado a medir el tiempo a partir de aquellas visitas. Era él quien la mantenía en contacto con lo que pasaba fuera de allí, y Salmah no se dio cuenta de lo importante que había sido para ella hasta que comprendió que lo había perdido para siempre. Pasó una semana entera en una especie de estado febril, sin comer casi nada y sin hablar con nadie. José hizo cuanto pudo por consolarla, tratando de hacerle ver que allí siempre tendría una familia, pero no sirvió de mucho. Hacía tiempo que Salmah no pertenecía a ese sitio.

Algunos días después recibió la única pertenencia de su padre que habían podido recuperar del accidente: la funda de la trompeta en cuyo interior se encontraba el instrumento prácticamente intacto. Dentro, Salmah encontró también una fotografía de su madre, que debía tener la misma edad que ella cuando la tomaron. Se mostraba radiante, llena de vida. Era la señal que Salmah había estado esperando. También ella necesitaba sentir esa energía, y sólo había una cosa en el mundo que podía dársela: la música.

En San Miguel, una chica como ella no podría aspirar a mucho más que a un puesto de maestra de escuela. Ahora que su padre había muerto, no quedaba nada que la ligara

a ese lugar. Cuando habló con él, José se mostró mucho más comprensivo de lo que había esperado.

—Siempre supe que esto sucedería algún día. Mi pequeña Salmah, tú has nacido para cosas grandes. El trabajo que haces aquí lo puede realizar cualquier otro, pero el papel que te corresponde en el futuro es tuyo, y sólo tuyo. No lo olvides nunca.

La joven tardó un solo día en empaquetar sus cosas, y otro en elegir su destino: la gran ciudad, allí donde se podían hacer las cosas grandes.

Salmah salió de su ensoñación justo a tiempo de evitar ser arrollada por un chico que se abría paso a empujones entre la gente. Daba muestras de estar afectado, pero por su expresión se notaba que su estado no tenía nada que ver con el desarrollo del concierto. Sus miradas se cruzaron durante un instante más largo de lo corriente. Salmah habría jurado que el joven se sobresaltaba ligeramente al cruzarse con ella, aunque todo sucedió demasiado rápido, sin darle tiempo a reaccionar. Cuando recuperó el equilibrio, él ya había desaparecido entre la multitud, sin una sola palabra de disculpa.

Segundos después sonaba una voz de alarma procedente de algún punto varios metros a su derecha.

—¡Mi cartera! ¡Me han robado la cartera!

Salmah notó algo de agitación alrededor de la zona de la que procedía el grito, pero poco podía hacerse entre tanta gente. Así que se trataba de eso. El chico no era más que un carterista al que habían estado a punto de pillar con las manos en la masa.

La cantante entonó el tema final del concierto; Salmah dejó que la música entrase en su cabeza, intentando borrar cualquier sombra de inquietud por lo que acababa de pre-

senciar, por su pasado, por su futuro oscuro, por su vida a partir de entonces. Estrella cantaba, y Salmah, mucho más serena que antes, cantaba con ella. Sus rizos rojos bailaban con la música que salía del escenario, los pensamientos se mezclaban en su cabeza: «Estrella, mi sueño, ser una gran cantante como Estrella, encontrar un trabajo, mi futuro, triunfar como cantante, el accidente de mi padre, las clases de canto, Estrella, José, el sueño de mi vida, el sueño de mi vida, el sueño de mi vida...»

Junto a la salida más cercana un guardia registraba al presunto ladrón, probablemente alertado por el revuelo. Después de todo, no había logrado escapar. Salmah no podía escuchar la conversación, pero al poco rato vio cómo el guardia se daba por vencido y lo dejaba marchar sin más. Antes de desaparecer por última vez, Salmah habría jurado que el chico miraba hacia ella, sin encontrarla.

Casi de repente, Salmah tomó conciencia de que no sabía nada de la gran ciudad. El episodio anterior le había enseñado que habría de ser más cuidadosa de ahí en adelante si quería sobrevivir en aquel sitio. Quién sabe, la víctima del robo podría haber sido ella. En un movimiento reflejo se llevó la mano al bolsillo derecho de su abrigo.

Su corazón dio un vuelco. Allí dentro no había una cartera, sino dos. Y estaba segura de que, al menos, una de ellas no le pertenecía.

Salmah fue de las últimas en abandonar el estadio. Se había esforzado en vano por encontrar al dueño de la cartera robada; sus esfuerzos resultaron inútiles, porque había demasiada gente. También pensó en entregársela a alguno de los guardias de seguridad a la salida, pero se vio ridícula a sí misma diciendo «he encontrado esto en mi bolsillo». ¿Y si la tomaban por una cómplice? Sin darle más vueltas, la joven

se encaminó hacia la pequeña buhardilla en la que se había instalado, situada a unas pocas manzanas de allí. Ya pensaría qué hacer con la cartera, lo que menos necesitaba en ese momento era buscarse problemas. Claro que no contaba con que, por mucho que los esquives, la gran mayoría de las veces son los problemas los que te encuentran a ti.

—Creo que tienes algo que me pertenece —dijo una voz a sus espaldas.

Salmah miró a su alrededor. Era tarde, y se encontraba en una calle oscura completamente vacía. No era nada miedosa, pero no ser capaz de encontrar el origen de la voz le provocó cierta inquietud. Al fondo divisaba otra calle algo mejor iluminada, de la que llegaba el alboroto propio de otros asistentes al concierto, que aún entonaban las últimas canciones entre risas despreocupadas. La joven trató de mantener la calma, y aceleró el paso para salir de allí lo antes posible.

—Vamos, no me obligues a correr detrás de ti. No voy a hacerte daño. Dame la cartera y te dejaré en paz.

Esta vez, Salmah paró en seco y se dio media vuelta. De entre las sombras surgió una figura alta y delgada. En cuanto pudo verlo mejor, no le cupo la menor duda de que se trataba del mismo joven que había estado a punto de arrollarla entre la multitud. El mismo que, como acababa de confirmar, había robado la cartera y la había colocado en su bolsillo para salir huyendo sin temor a ser arrestado.

Esta vez pudo observarlo con mayor detenimiento, y se dio cuenta de que era más atractivo de lo que había pensado en un primer momento. Flequillo ligeramente despeinado, y una barba de pocos días que parecía descuidada a conciencia. Los vaqueros, la camiseta, el pañuelo en el cuello y la chaqueta negra por único abrigo le daban un aspecto cuidadosamente desaliñado al que, sin duda, sabía sacar partido. Aquel chico no tenía pinta de un vulgar carterista.

Salmah no estaba segura de qué debía hacer, pero por algún motivo se sentía extrañamente tranquila. Necesitaba ganar tiempo para pensar con claridad.

—¿Por qué tuviste que meterme en esto? ¿Por qué yo?

—Digamos que la última vez que nos cruzamos, iba con algo de prisa. Quería volver a verte.

Salmah se hundió en su abrigo, tratando de ocultar el rubor que le tiñó de rojo las mejillas. ¿Acaso estaba perdiendo la cabeza? Siempre había pensado que si alguna vez se encontraba con un delincuente le invadiría una sensación de alarma. Contaba con su sentido común para cuidar de sí misma. El miedo, al fin y al cabo, no era sino el mecanismo de defensa del ser humano que le obligaba a huir ante situaciones de peligro. Y ahí estaba ella, delante de un completo desconocido que la había involucrado en un robo, en una calle desierta, y sin embargo contenta de haber escuchado esa frase. Tuvo que recomponerse.

—¿Y qué te hace pensar que yo querría verte a ti?

—El modo en que me miraste en el concierto —replicó él.

Parecía muy seguro de sí mismo. Demasiado, quizá. Salmah volvió a subir la guardia. No podía escapar de allí, debía seguirle la corriente.

—Así que ésa es tu manera de abordar a las chicas. ¿Cuántas carteras has tenido que robar? Eres patético.

—No creas, no demasiadas. Normalmente me basta con darles mi número de teléfono.

Estaba claro que se estaba divirtiendo a costa de ella, y eso la enfadó aún más.

—Entonces, ¿para qué robaste la cartera? ¿Pensabas pagarme el taxi a casa con dinero robado?

Para su satisfacción, el chico encajó el golpe y, por un momento, su expresión se tornó seria. Salmah pensó que

había ido demasiado lejos. Después de todo, podía ser peligroso. Tragó saliva, nerviosa.

—No hago esto por necesidad. De hecho, no tenía intención de robar nada. El concierto me estaba aburriendo, sólo buscaba un cigarrillo. —La excusa era ridícula, pero a Salmah le sonó sincera. Así que «tomar prestado» un cigarrillo ajeno sin permiso no se consideraba robar; decía mucho sobre la clase de persona que era—. Saqué la cartera creyendo que se trataba de un paquete de tabaco, y cuando me di cuenta era demasiado tarde para devolvérsela a su dueño.

—No tuviste ninguna dificultad en *devolvérmela* a mí.

—Ya te lo he dicho. Te vi... interesada.

—Pues te equivocaste. Si me hubiese dado cuenta en ese momento, habría avisado a los guardias de seguridad.

—No te creo —sus ojos brillaban más que nunca. Una vez más decía la verdad.

—¿Cómo... te atreves? ¡No sabes nada sobre mí! —pero su voz no resultó nada convincente. Se preguntó si realmente habría sido capaz de delatarlo. «Por supuesto que sí», se dijo, «no es más que un ladrón».

Salmah se sentía cada vez más confusa, y eso empezó a ponerla de mal humor. Quería que aquella conversación acabase de una vez, para poder marcharse de allí cuanto antes. Él, sin embargo, no estaba dispuesto a ponérselo fácil. Se tomó su tiempo para contestar, mientras esbozaba una de sus encantadoras sonrisas.

—Sé muchas cosas. No sólo te fascina la música de Estrella Munt, sino todo lo que ella representa. Creciste en un cuarto de paredes cubiertas con la fotografía de su... er... espalda, ¿verdad? Parece mentira que a tu edad aún sigas igual.

Dicho así, lo cierto es que sonaba bastante ridículo. ¿Qué había querido decir con que seguía igual? No estaba dis-

puesta a dejar que la juzgaran de esa manera, y lo último que iba a permitir es que él se diese cuenta de hasta qué punto la habían molestado sus palabras.

—Tú también estabas en el concierto. Si no te gusta Estrella Munt, podrías haberte ahorrado la entrada.

Salmah reparó demasiado tarde en la tontería que acababa de decir. El chico estalló en una sonora carcajada.

—Oh, vamos, no seas tan ingenua. Yo no he *pagado* ninguna entrada.

—¿Por qué estabas allí? —preguntó, a pesar de todo.

—Estar rodeado de gente es la mejor manera de sentirse invisible, ¿no crees?

Por un momento, Salmah se sintió más cerca de ese desconocido de lo que había estado de nadie en muchos meses. Algo en su mirada de ojos azules la hacía sentirse tremendamente cómoda, la invitaba a confiar en él, por más que éste se empeñara en hacerla rabiar. Pero esa sensación apenas duró unos segundos.

—Por la expresión que tenías antes —prosiguió el chico— estaba claro que éste ha sido tu primer gran concierto. Es más, diría que acabas de llegar a la ciudad porque... —aquí dudó unos instantes— porque tú también quieres ser como Estrella. Has venido para ganarte la vida como *cantante*.

Salmah se dio cuenta enseguida de que se estaba burlando de ella una vez más. Pero le gustase o no, había acertado de lleno.

—¿Cómo... cómo has sabido que llevo poco tiempo en la ciudad? —se sentía herida en lo más profundo de su orgullo. ¿Acaso se notaba que no era de por allí?

—No desentonas, si es lo que te estás preguntando —decididamente, aquel joven era capaz de leer sus pensamientos—. Simplemente pensé que si llevases aquí algún tiempo, nos habríamos visto antes. Una chica como tú no

pasa desapercibida en ningún sitio, por muy grande que sea.

Salmah trató de ignorar el cumplido. A estas alturas no podía rebajarse.

—Pues tendrás que volver a encontrarme. Por lo que a mí respecta, no tengo ningún interés en pedirte el número de teléfono. Está claro que lo tiene demasiada gente.

Decididamente, había sonado menos firme de lo que pretendía.

—Si volvemos a vernos, ¿me devolverás la cartera? Tengo curiosidad por saber qué hay dentro.

—No es tuya. Voy a entregársela a la policía —dijo Salmah, dando la conversación por finalizada. Se dio la vuelta y empezó a caminar. Jamás habría reconocido que, en el fondo, se alegraba de sentir los ojos de él clavados en su espalda, mientras se alejaba.